

IDAS Y VENIDAS DE UN LIBRO

El tercer aniversario del asesinato de John F. Kennedy (23 noviembre 1963) ha estado marcado, dentro y aun fuera de los Estados Unidos, por una curiosa controversia acerca del libro que, por escogencia voluntaria y decidida de la familia, iba a ser la versión oficial de los acontecimientos. El libro, *The Death of a President* (La muerte de un Presidente), fue encargado al escritor Guillermo Manchester, por la propia viuda del mandatario desaparecido; al parecer sus familiares habían quedado encantados con una obra anterior del mismo Manchester sobre Kennedy. Jacqueline colaboró con tanto entusiasmo, que puso en manos suyas no sólo otros documentos e informaciones hasta ahora más o menos desconocidos, sino que hasta grabó largas horas en una entrevista que abrió secretos íntimos de su alma. Puede asegurarse que Manchester tuvo a mano todas las fuentes posibles, desde el informe oficial de la Comisión Warren hasta las "confesiones" de la infortunada viuda. Trabajó ese material con tanta dedicación e intensidad, que llegó a enfermar físicamente, en parte, según parece, al revivir con toda profundidad las amargas horas de la tragedia de Dallas.

Pero las dificultades comenzaron cuando se alistaba ya la publicación. Apparentemente interpretando un telegrama de aliento como la renuncia por parte de los Kennedy a ciertas limitaciones y condiciones estipuladas, Manchester entregó su obra a la editorial Harper & Row y a la revista "Look", que publicaría en resúmenes su libro y que hasta vendió los derechos de divulgación a varias revistas extranjeras. Entretanto, amigos y familiares del Presidente asesinado y aun finalmente la propia Jacqueline, leyeron el manuscrito y se apresuraron a manifestar su inconformidad con muchos pasajes; llegando hasta el extremo de instaurar una demanda judicial ante la negativa de Manchester a suprimir determinadas partes, si bien por último se llegó a un arreglo mediante la omisión de aquéllas.

¿Por qué las objeciones de los Kennedy? Se fundaban en dos capítulos: una visión demasiado ingrata del Presidente Johnson para con ellos, y, especialmente, la divulgación de ciertos detalles reservados que estimaban herir la sensibilidad de la viuda y de los hijos. Algunos cínicos llegaron a sugerir que Jacqueline estaba celosa de las enormes ganancias que se había asegurado el autor con su obra; otros lamentaban que la viuda quisiera reservarse todos los derechos sobre la historia de su esposo; no fal-

taban quienes, sugerían que el "clan" Kennedy deseaba ocultar sus desavenencias con Johnson... o, mejor, ocultar discretamente la mano que tiraba las piedras. La discusión hirvió en diarios y revistas, llenando muchas páginas.

Lo curioso del caso es que, cuando se llegó al arreglo entre los familiares y el autor, mediante la supresión de algunas partes, éstas eran ya conocidas con suficiente claridad y detalle por los extremos que en la controversia habían ido llegando al público; y una revista alemana mientras escribimos estas líneas— a la que "Look" había vendido el texto original, se negaba a supresión alguna y había comenzado la publicación íntegra, pese a las protestas de los Kennedy y aun a la amenaza de demanda judicial. De todas maneras, el éxito del libro quedaba asegurado tanto en su amplísima difusión como en las ganancias para Manchester, que se calculaban en nada menos que dos millones de dólares.

Con todo, aún queda para muchos sin aclarar el "misterio" del asesinato de Kennedy. Manchester se atiene a la versión oficial; a nosotros nos parece que es la única aceptable, pese a todas las dudas o mejor conjeturas que desde el acontecimiento fatal se han ido levantando, sobre todo en Europa. Y, para espesar todavía más el velo que tal vez oculta o desfigura la realidad, acaba de desaparecer Jack Ruby, el último testigo importante en el triple drama de Texas y de los Estados Unidos. En el mismo hospital de Dallas que recibió el último suspiro de Kennedy y de Oswald, moría de inesperado y fulminante cáncer el que ultimara al supuesto asesino presidencial, protestando hasta el fin que había obrado por iniciativa propia, aunque sus móviles seguían tan confusos como la misma personalidad suya: ¿mató a Oswald para ahorrar a Jacqueline las molestias de una comparecencia judicial, o para demostrar que los judíos son valientes, o por ambas cosas, o por ninguna de ellas...? Son misterios que quedan replegados en los rincones de esta sangrienta y nebulosa historia.

Una cosa es cierta las consecuencias de los disparos de Dallas siguen pesando gravemente en la política norteamericana y habrán de influir en las próximas elecciones presidenciales. Se dice que Robert Kennedy aspira ya a ocupar la Casa Blanca, si no en el período inmediato, al menos en el siguiente: tiene vida, fuerza y planes para ello. Como siempre, sólo el tiempo tendrá la última palabra.

G. A. J.